

En Inglaterra están gobernando los hombres de negocios; en los Estados Unidos las luchas políticas son guerras de aranceles, de tarifas, de impuestos; el ministro de la Guerra es un abogado o un médico.

Y es que la experiencia ha demostrado la ineptitud de los militares para la política. Aquella autoridad hispana en crítica histórica, aquella gloria de la tribuna latina que se llamó Emilio Castelar, dijo, con el poderío de su ciencia y la convincente elocuencia de su verbo:

«La religión de la milicia, la inflexibilidad de la disciplina, el hábito y la vida de los campamentos y cuarteles, todo eso que es tan grande, que es tan heroico, todo eso se convierte en contra de ellos cuando quieren dirigir la máquina del Estado, y especialmente esta máquina tan complicada y tan difícil de las instituciones parlamentarias y del sistema representativo. En la lista de todos los hombres de Estado difícilmente encontraréis un militar: no lo fue Cavour, no lo es Bismarck, no lo fue Turgot, no lo fue Alberoni, no lo fue Richelieu, no lo fue Cisneros; de los cuales podía decirse aquello del romancero:

«Más de aceite que de sangre
manchado el hábito muestran».

«Se tiene casi siempre la inteligencia militar a expensas de la inteligencia política; se tiene casi siempre el valor militar a expensas del valor cívico.

«Preguntar si las ideas han de mandar sobre las armas o si las armas han de mandar sobre las ideas, es como preguntar si en el cuerpo humano el brazo ha de mandar en la cabeza o la cabeza en el brazo».

Jugosas reflexiones sociológicas se desprenden de estas reproducciones históricas; ellas serán comentadas por nosotros en su tiempo y razón; entretanto, el que esto escribe se conforma con decirlos:

¡Así éramos en 1836.....!

FÉLIX F. PALAVICINI.

(Escrito en una celda de la Penitenciaría de México en enero de 1914.)

EL DIPUTADO LUIS MANUEL ROJAS ACUSA AL EMBAJADOR WILSON

Agencia «Hispania».

Nueva York, abril 5.

En los círculos políticos y en los centros periodísticos se supo hoy que en uno de los principales periódicos de esta ciudad se publicará mañana una acusación que el diputado mexicano Luis Manuel Rojas presenta contra el embajador de los Estados Unidos de México, Henry Lane Wilson, relacionada con los últimos acontecimientos políticos de México.

Se dice que el mismo periódico inserta también la contestación del secretario de Estado, Philander C. Knox, al diputado Rojas, acusando recibo de la carta en que formula sus cargos contra el embajador Wilson.

Agencia «Hispania».

Washington, abril 5.

Varios norteamericanos residentes en México, amigos del embajador Lane Wilson, han hecho publicar una carta que dirigieron al Gobierno de Washington, pidiéndole que conserve en su puesto a míster Wilson.

Los peticionarios declaran que, debido a los esfuerzos y al tacto del embajador Wilson, se consiguió que llegaran a un acuerdo el actual Presidente de México y el general Félix Díaz, siendo esto un gran paso para la pacificación de la vecina república del Sur.

(Tomado de «EL IMPARCIAL» del domingo 6 de abril de 1913.)

EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Y LA ACUSACIÓN CONTRA EL EMBAJADOR
NORTEAMERICANO

EL GENERAL HUERTA DICE QUE LA AFIRMACIÓN
DEL DENUNCIANTE, LICENCIADO ROJAS, ES UNA CALUMNIA

"La culpa de la muerte de los señores Madero y Pino Suárez es toda de sus imprudentes partidarios, como lo demostrará el Gobierno dentro de muy pocos días publicando documentos extraídos de la minuciosa averiguación judicial practicada."

El señor Presidente de la República, general Huerta, tuvo la bondad de hacer anoche, a «El Imparcial», muy importantes declaraciones, relacionadas con la acusación que ante el Departamento de Estado de Wáshington ha presentado el diputado Luis Manuel Rojas contra el embajador de los Estados Unidos, míster Henry Lane Wilson, acusación de la que se han ocupado varios periódicos de los Estados Unidos, así como algunos de esta capital.

El señor Presidente de la República, por conducto del jefe de su Estado Mayor, el señor coronel don Joaquín Maass, al conocer las preguntas que sobre el particular le hicimos, se sirvió contestarlas por escrito en la siguiente forma:

SUS RELACIONES CON EL SEÑOR EMBAJADOR

«Hace poco tiempo tuve el honor de conocer al digno representante del gran pueblo norteamericano. La primera vez que tuve el honor de hablar con él, fue uno de los días de la decena trágica, sin estar seguro, creo que el 14 del mes de febrero, por orden del señor Presidente Madero y en presencia del señor ministro de Relaciones, licenciado don Pedro Lascu-ráin. Ese día se sirvió indicarme el excelentísimo señor emba-jador, que estaba también acompañado del señor ministro de Alemania, que las baterías emplazadas contra la Ciudadela, en un punto de mi línea de operaciones, iban a causar, probable-mente, perjuicios en un grupo de casas en donde estaban aloja-das varias familias norteamericanas. En respuesta a esta indica-ción del excelentísimo señor embajador, le prometí hacer cuanto me fuera dable, sin perjuicio de las operaciones, en bien de las familias citadas.

LOS PARABIENES DEL CUERPO DIPLOMÁTICO

«Después de esta conferencia no volví a tener el honor de ver al señor embajador Wilson sino hasta que, ya con el carác-ter de Presidente interino de la República, recibí una visita de él, acompañado de todo el honorable Cuerpo Diplomático residente en esta capital, en cuya visita tuve la honra de reci-bir, de los señores representantes extranjeros, los parabienes por haber dado fin a la situación espantosa por la que atrave-saba la capital de la República».

LOS RESPONSABLES DE LA MUERTE DE LOS EXMANDATARIOS

Sobre la pregunta que hicimos al señor Presidente acerca del cargo que al señor embajador le hace el diputado Rojas, considerándolo responsable de la muerte de los señores Madero y Pino Suárez, el alto mandatario se sirvió contestarnos:

«Ese dicho es una calumnia. La culpa de la desgraciada muerte de los señores citados la tienen solamente sus impru-dentes partidarios, como lo demostrará el Gobierno dentro de muy pocos días con la publicación de las escrupulosas diligen-cias judiciales que se están llevando a cabo».

LA GESTIÓN DIPLOMÁTICA DEL SEÑOR WILSON

«Para concluir, señor repórter—se sirvió decirnos el señor general Huerta,—me permito manifestar a usted, como caba-llero y como Presidente de la República, que la gestión diplo-mática del honorable señor Wilson ha tenido por finalidad, en las actuales circunstancias, solamente el restablecimiento de la paz en el país y la armonía entre nosotros; por cuyo motivo hago público mi agradecimiento hacia el alto funcionario».

EL SECRETARIO BRYAN RECIBIÓ YA LA DENUNCIA
DEL LICENCIADO ROJAS

Prensa Asociada.

Wáshington, abril 7.

El secretario de Estado, William Jennings Bryan, recibió hoy la acusación presentada por el diputado Luis Manuel Ro-jas contra el embajador Henry Lane Wilson, en la que lo hace responsable moral de las muertes del Presidente don Francisco I. Madero y del Vicepresidente don José María Pino Suárez, por haberse negado a hacer las gestiones para que se les pro-porcionaran garantías.

El secretario Bryan fue entrevistado sobre este asunto por varios representantes de la Prensa; pero se negó a hacer co-mentarios acerca de la acusación del diputado Rojas.

¿QUIÉN LLEVÓ A WASHINGTON LA DENUNCIA?

Agencia «Hispania».

Washington, abril 7.

El secretario de Estado, Bryan, se ha negado a dar a conocer el nombre de la persona que le entregó la acusación del diputado mexicano Luis Manuel Rojas, contra el embajador Henry Lane Wilson; pero se sabe que fue un miembro de la familia Madero.

Al ser entrevistado hoy, míster Bryan declaró que muchas personas han estado a visitarlo, proporcionándole, unas, informes muy desfavorables para el embajador Wilson, mientras que otras lo defienden de los cargos formulados en su contra.

El secretario Bryan se mantiene muy reservado sobre el nombramiento de nuevo embajador de los Estados Unidos en México.

Se duda mucho que el secretario de Estado reconozca oficialmente la acusación presentada por el diputado Rojas, sin practicar antes las averiguaciones que el caso exige.

Washington, abril 7.

En los archivos del Departamento de Estado han sido encontrados los telegramas que la madre y esposa del Presidente Francisco I. Madero dirigieron, a raíz de su prisión, al Presidente Taft, suplicándole su intervención para que se le proporcionaran garantías.

Los mensajes en cuestión se recibieron en el citado Departamento, por conducto del embajador Wilson.

(Tomado de «EL IMPARCIAL» del martes 8 de abril de 1913).

EL PROCURADOR DE LA REPÚBLICA
ESTUDIA LAS DECLARACIONES
DEL SEÑOR DIPUTADO ROJAS

HABLA EL SEÑOR GENERAL DON FÉLIX DÍAZ
ACERCA DE LA CONDUCTA OBSERVADA POR EL SEÑOR EMBAJADOR
WILSON

El señor licenciado Rodolfo Reyes, en la entrevista que concede diariamente a la Prensa, habiendo sido interrogado sobre los cargos que el señor licenciado Luis Manuel Rojas ha hecho en contra del señor embajador de los Estados Unidos en México, se sirvió contestar en la siguiente forma:

«El señor Procurador de Justicia de la República comunicó hoy por mi conducto, al Ejecutivo, que ya se ocupaba de estudiar las declaraciones y noticias publicadas por la Prensa sobre este asunto, y que deseaba tomar con la mayor energía la intervención que en derecho le corresponde».

«El Ejecutivo, que tiene fe en las dotes y rectitud del señor Procurador, confía en que este funcionario cumplirá con su deber y en su oportunidad sabrá la Prensa cuál es la resolución tomada dentro de la esfera de sus facultades».

HOY SE SABRÁ SI SE HACE LA CONSIGNACIÓN

Cerca de las nueve de la noche, uno de nuestros repórters fue recibido por el señor Procurador general de la Nación, li-

cenciado Cayetano Castellanos, en su despacho de la calle de Mesones.

Nuestro repórter manifestó al señor licenciado Castellanos que había llegado a su conocimiento que el asunto de la acusación del licenciado Luis Manuel Rojas, en contra del señor embajador de los Estados Unidos, iba a ser consignado por él a la Cámara de Diputados, pidiendo el desafuero de dicho diputado.

El señor licenciado Castellanos declaró que hasta ahora no ha resuelto nada absolutamente en lo que se refiere a dicha acusación, y que desde las nueve de la mañana de ayer se encuentra estudiando las publicaciones hechas en los diarios de la Capital con el fin de dar una resolución debida. Dijo, además, que probablemente hoy, a las diez de la mañana, dará a conocer esta resolución y de ésta emanarán los pasos que el caso requiere.

DECLARACIONES DEL SEÑOR GENERAL FÉLIX DÍAZ

Varios repórters se acercaron ayer al señor general don Félix Díaz, a fin de preguntarle cuál era su opinión sobre la acusación que ante el Departamento de Estado de Wáshington ha presentado el diputado Luis Manuel Rojas en contra del señor embajador Wilson.

El formulario, con las respuestas respectivas, que se presentó al señor general Díaz, es el siguiente:

—¿Cuál es la opinión de usted respecto de la conducta observada por el señor embajador Wilson durante los sucesos registrados en el mes de febrero?

—Por lo que yo tuve conocimiento, fue enteramente correcta y ni por un instante dió lugar a sospecha alguna.

—¿Cuál es su opinión sobre las acusaciones que hace al señor embajador el diputado Luis Manuel Rojas?

—Que son absurdas y del todo infundadas.

—Y la conducta del señor embajador Wilson para con México, ¿cómo la considera usted?

—Siempre ha sido del todo correcta.

—¿Cree usted que el diputado Rojas esté de acuerdo con

Carranza y Maytorena, si pudieran considerarse sus acusaciones como una prueba indiciaria de dicho acuerdo?

—Puede ser que haya connivencia entre ellos, dada la similitud.

—¿Cree usted que el diputado Rojas sea castigado por haber hecho tal acusación contra el señor embajador Wilson?

—No lo sé; pero creo que habrá algún castigo, aun cuando no conozco Derecho internacional.

—Por último, señor general, ¿quisiera usted decirnos cuál es la opinión respecto a la personalidad del señor embajador Wilson?

—El señor embajador Wilson es un caballero perfectamente honorable y, siendo un diplomático de carrera—como me consta por haberlo conocido en Santiago de Chile cuando estuve allá de cónsul—tiene muchísima experiencia sobre las cuestiones diplomáticas, y, en consecuencia, no hay ni el menor asomo de probabilidades de que hubiese cometido un acto que no fuese apropiado y correcto.

NUEVAS DECLARACIONES DEL LICENCIADO ROJAS

En virtud de las fases, todas ellas interesantes, que ha tomado el asunto Wilson-Rojas, iniciado con las declaraciones que, en contra del señor embajador de los Estados Unidos, hizo en varios periódicos norteamericanos y en algunos de la Capital, el señor diputado Luis Manuel Rojas, celebramos una entrevista con este señor, quien, glosando las preguntas que nos permitimos hacerle, se sirvió contestarnos en la siguiente forma:

EL CARGO DEL SEÑOR PRESIDENTE

«El señor Presidente de la República, general don Victoriano Huerta, ha juzgado en sus declaraciones publicadas ayer en periódicos de esta Capital, que hay una calumnia en los cargos que he formulado en contra del señor Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos. Me explico perfectamente

este juicio del señor general Huerta, porque es indudable que él quedó impresionado con las primeras versiones publicadas aquí respecto a este asunto, habiéndose afirmado inexactamente que yo había acusado al señor Wilson nada menos que de ser un cómplice en la muerte de los señores Madero y Pino Suárez; pero después ha quedado bien definido que el cargo principal que yo le hice en mi «Yo acuso», publicado en la prensa norteamericana, era de que lo reputaba moralmente responsable de aquel suceso por no haber hecho nada efectivo en favor de los prisioneros, siendo él la única persona, en aquella situación, que tenía el poder moral para favorecerlos en sus angustiosas circunstancias, y sin embargo de las instrucciones especiales que, para impartir esa ayuda humanitaria, había recibido de su Gobierno. Otra cosa hubiera pasado, de seguro, si el señor embajador Wilson hubiera tomado el empeño y asumido una actitud semejante a la de los señores Márquez Sterling, ministro de Cuba, y de los señores ministro de Chile y encargado de negocios del Japón; pero, desgraciadamente, el señor Wilson guardaba profundo resentimiento personal contra el extinto ex-Presidente.

«Ahora bien: claramente se comprende que en mi cargo principal al señor Wilson se trata sólo de valorizar una acción moral, a consecuencia de actos puramente negativos, y en estas condiciones la estimación de una conducta semejante puede ser muy variable, con perfecto derecho, entre las personas que la juzgan, sin que en ello quepa la idea de la calumnia».

«SÍ ESTUVE CON EL SEÑOR EMBAJADOR»

«El señor embajador niega rotundamente haberme conocido y que yo hubiera estado alguna vez en su casa. De esta manera pretende el señor Wilson cortar por lo sano, eludiendo de un modo fácil reconocer como ciertas todas las expresiones que le atribuí en mi anterior entrevista a «El Imparcial» respecto al señor Madero, y las cuales me dieron la conciencia clara del profundo resentimiento personal que le abrigaba; pero esta actitud es para mí una fortuna, porque fácilmente puedo sorpren-

derle en *in fraganti* renuncio. En efecto, yo tuve un testigo de la conferencia celebrada con el señor embajador. El día de los acontecimientos, cuando me dirigía a la Embajada, me encontré casualmente con el señor Lorenzo B. Spyer, hermano mason, a quien por esta circunstancia rogué que me hiciese el favor de servirme de intérprete en mis visitas a los señores embajador Wilson y cónsul general de los Estados Unidos, señor Arnold Shanklin. El señor Spyer accedió de buena voluntad a prestarme ese servicio, habiendo desempeñado cumplidamente su papel con el señor Shanklin, a quien visité el mismo día con igual objeto que al señor embajador, y no siendo necesaria su ayuda respecto a este último caballero, como ya dije otra vez; pero habiendo sido testigo de toda la conferencia.

«Y bien, asimismo es de celebrarse la coincidencia de que ahora el señor Spyer se encuentra en Nueva York; de manera que ni remotamente se podrá sospechar que yo estoy, o me pongo en connivencia con este señor, en contra de los intereses del señor Wilson, pudiendo el señor Spyer testificar todas mis afirmaciones por cable a la hora en que lo pretenda cualquiera de los periódicos de esta Capital.

«Además, en mi carácter de Gran Maestro de la Gran Loggia del Valle de México, tuve que dar cuenta inmediata de mis gestiones en favor de los hermanos Madero y Pino Suárez, y por tanto, les informé también de mis visitas a los señores embajador y cónsul general de los Estados Unidos, visitas que por cierto no tenían entonces la extraordinaria importancia que los hechos posteriores les dieron, y que yo relaté de una manera sencilla y natural. De aquí resulta que hay en México centenares de personas que supieron de mi entrevista con el señor embajador desde mucho antes que yo pensara formularle ninguna acusación.

«Por lo demás, lamento muy de veras que el señor embajador se haya olvidado en esta vez de su elevada representación diplomática hasta el punto de hacerme, por la prensa, algunas ofensas personales, las que, por otra parte, dada nuestra respectiva situación en asunto tan ruidoso, no pueden lastimarme de ninguna manera».

«CELEBRARÉ QUE SE ME CONSIGNE AL GRAN JURADO»

«Algunos periódicos locales hacen hincapié en que mi asunto será llevado ante el Gran Jurado de la Cámara de Diputados, y bajo el peso formidable de una acusación por traición a la Patria. No me preocupa ni puede preocuparme ese procedimiento, que sinceramente deseo, porque me proporcionaría la brillante oportunidad de probar ante la conciencia nacional, sin el menor asomo de duda, que he obrado correctamente, en cumplimiento de uno de mis grandes deberes o compromisos de carácter moral.

«Lo único que me ha podido en este incidente, es que algunos compañeros de la Cámara se han apresurado a conceder entrevistas a periódicos locales en favor de mi desafuero, olvidándose de que en otras ocasiones habían hecho alarde de su sentimiento constante de solidaridad. En cambio, mis compañeros del «Grupo Liberal» han tenido para mí una nota altamente significativa y que nunca agradeceré bastante: haberme electo por aclamación presidente del grupo, en el momento preciso de la dificultad, para significar de ese modo, ante la opinión pública de mi país, que habían aprobado mi conducta y me prestan en este trance todo el apoyo moral que les es posible. Sin embargo, he resuelto presentar mi renuncia de tan honroso puesto, en consideración a que debo estar completamente libre de compromisos y prevenido para el caso de que se presente acusación en mi contra».

Terminamos haciendo notar al señor licenciado Rojas que en «El Universal» de ayer se dice que algunos masones tenían pruebas de que no sólo había pedido a mister Taft la intervención directa en el caso de los señores Madero y Pino Suárez, sino que al presentarse ante el embajador Wilson, lo increpó vivamente, diciéndole que por qué no salvaba las vidas de esos señores si tenía a su disposición varios buques de guerra y numerosos marinos en Veraacruz, a lo cual contestó el licenciado Rojas que esto era una burda mentira sin importancia ni fundamento ninguno.

LA OPINIÓN DEL MINISTRO DE GOBERNACIÓN

En la entrevista que el señor ministro de Gobernación, ingeniero Alberto García Granados, concedió anoche a los representantes de la Prensa, al ser interrogado sobre lo que se hubiese hecho respecto a la acusación presentada por el señor licenciado Rojas en contra del señor embajador de los Estados Unidos, se sirvió manifestarnos que por los informes que ha recibido sabía que el señor Procurador general de la República va a consignar el asunto a la Cámara de Diputados, pidiendo el desafuero del licenciado Rojas.

El señor ministro nos manifestó, además, que, según parece, el motivo que el señor Procurador tiene para acusar al licenciado Rojas y pedir su desafuero, es por haber traicionado a la Patria, pues que en su concepto tal acusación ante los Estados Unidos tiende a promover una intervención.

LA RENUNCIA DEL SEÑOR EMBAJADOR WILSON AUN
NO HA SIDO CONTESTADA

Entrevistamos ayer tarde al excelentísimo señor Henry Lane Wilson con objeto de que se sirviera rectificar o ratificar las versiones que circulaban acerca de su renuncia, por el incidente de la acusación del licenciado Rojas, que obra en el Departamento de Estado de Wáshington.

El señor embajador manifestó que es bien sabido que renunció; pero que su dimisión fue presentada el día de la toma de posesión del presidente Wilson y nunca por los últimos incidentes.

Refiriéndose a la acusación del licenciado Rojas, dijo que no quiere distraer ya su atención en asuntos de poco interés como éste.

(Tomado de «El Imparcial» del miércoles 9 de abril de 1913.)

**LOS RENOVADORES Y SUS ENEMIGOS DE AYER,
DE HOY Y DE SIEMPRE**

NUESTRO PROGRAMA DE AYER, HOY Y MAÑANA

El inconsolable huertista que tiene a su cargo la dirección del periódico «El Independiente», para pedir que, por vía de consideración y de concordia, se deje a él, y a los demás huérfanos de la dictadura, formar aunque sea en las últimas filas del nuevo régimen, con la amenaza que de no ser así la paz de la República que dará eternamente trastornada, nos lanza el cargo de haber hecho al Gobierno del general Huerta una oposición «tímida y vacilante», y de ser hoy los mantenedores de un programa de venganza, de división y de odio, en vez de hacer obra de paz, de armonía y de conciliación.

Ya contestamos ampliamente la primera parte del cargo referido, y pronto seguiremos ocupándonos de él con la publicación de los ataques que, sin cesar, nos dirigieron los católicos y los huertistas cuando estaban en el auge de la orgía dictatorial; ataques que nos hacían saber que nosotros no debíamos seguir otro camino, para poder vivir sin libertades y sin justicia, que el de la sumisión; ni emplear otro medio, para evitarnos persecuciones, que el del silencio; y que quedábamos obligados, para dejar de ser objeto de la calumnia y de la diatriba de nuestros adversarios, a renunciar a nuestra dignidad de hombres y a despojarnos de nuestros derechos de ciu-

dadanos, para figurar entre los sicofantas de la farsa que constituyó el Gobierno oprobioso del general Huerta.

Entonces se verá que nuestra oposición *tímida y vacilante* causaba miedo a los vencidos de hoy, a pesar del terror que inspiraban, y entonces se verá también que todas sus calumnias, que todas sus infamias no fueron bastantes para acobardarnos; y que silenciosos, porque hasta el derecho de defensa nos quedó vedado, seguimos adelante en nuestro propósito de ayudar, con nuestros débiles esfuerzos, al derrocamiento de una dictadura infinitamente más corrompida que la de Santa-Anna, y mucho más odiosa que cualquiera otra de las dictaduras militares que han oprimido a la República.

Por ahora sólo queremos decir que nosotros no sembramos odios, y que lejos de buscar la división de los mexicanos, queremos la unión perfecta entre ellos para que, en completa solidaridad y en común esfuerzo, procuremos el reinado de la democracia, acabando de una vez para siempre con el germen morboso de los cuartelazos.

Nosotros no buscamos, como hemos dicho en artículos anteriores, ni honra ni provecho personal: propugnamos y seguiremos laborando por el imperio de la ley, como único medio de asegurar las libertades públicas; nuestro ideal es el progreso rápido y seguro de la Nación; queremos que los sistemas de opresión, por los más fuertes o los más audaces, desaparezcan para siempre; anhelamos que la explotación del pueblo por unos cuantos privilegiados, deje de llenar sus arcas con los esfuerzos de los pobres; buscamos una distribución más equitativa de la riqueza pública, para que el trabajo sea mejor retribuido, y las clases laboriosas, creándose necesidades nuevas, tengan mayor participación en el goce de las mejoras sociales. Debido a esto, somos y seremos siempre los enemigos irreconciliables de los conculcadores de la ley, de quienes se opongan al progreso, de los que tiranicen a las masas, de quienes las exploten sin piedad, y de aquellos que en los empleos públicos no sean los servidores del pueblo, sino los favoritos siempre a caza de prebendas y canonjías, a cambio de bajezas vergonzosas y de servilismos deprimentes. Con esos, que son indudablemente los que formaron

el coro del huertismo, los que quemaron incienso ante el ídolo beodo de coñac y ahito de sangre, que le llamaban *semi-dios y padre*, hombre extraordinario cuyo paso dejaba *perfumes de gloria*, no podremos estar jamás, como tampoco podremos estarlo con los clericales, eternos enemigos de la libertad y del progreso, porque ellos son, han sido y serán siempre el cortejo obligado de todas las tiranías, y los portaestandartes de todas las ignominias.

Nosotros, los últimos sin duda entre los mexicanos, pero entusiastas decididos por todo lo que es noble y amantes de todo lo que es grande, hemos admirado y admiraremos siempre a los gobernantes que llegan al Poder preocupados por el bien del pueblo, y no llenos de ambición, ansiosos de meter las manos en las arcas públicas, para repletar sus bolsillos con los dineros del pueblo; a los estadistas que, inspirados en el bienestar del mayor número, no se erigen en salvadores providenciales ni se proclaman hombres necesarios, en cuya existencia esté vinculada la salud pública; que buscando la verdad, practicando la justicia, estableciendo el orden, despertando las energías individuales y abriendo ancho cauce a todas las fuerzas vivas de la Nación, les dan certero y eficaz impulso para alcanzar la riqueza, y distribuyéndola de una manera equitativa hacer la felicidad de todos.

Nosotros admiramos también a los jueces rectos e ilustrados que no tienen más norma que la ley, ni más inspiración que los dictados de la ciencia y de la honradez, y respetuosos nos inclinamos ante los soldados heroicos que no vacilan en ofrendar sus vidas por ser los guardianes de la ley y el sostén de las instituciones; que llenos de abnegación y dando ejemplo de fidelidad inquebrantable, son insensibles a las sugerencias de la perfidia, a las insinuaciones de la ambición, cuando la ambición y la perfidia se acercan para arrebatarnos su dignidad y convertirlos en pretorianos de un César.

Mas nosotros, a pesar de nuestra debilidad y de nuestra insignificancia, no transigimos ni transigiremos con los asaltantes del Poder, sin más mérito para gobernar al pueblo que el reguero de sangre que han dejado por el camino, y sin más título que el tener en sus manos la fuerza bruta para concul-

car impunemente todas las leyes y pisotear todos los derechos; de los que, buscando para recomendarse al reconocimiento del mundo una apariencia de legalidad, fraguan farsas electorales a que el pueblo entero es extraño, y en las que sólo figuran como manipuladores las bandadas de hombres sin conciencia y sin decoro, que las tiranías encuentran siempre para sostenerse.

Tampoco transigimos ni transigiremos con los jueces venales, con los corruptores de la justicia, que trocándola en vendimia, la adjudican al mejor postor, al que más vale, al que más servicios promete, o al más temido que puede, a punta-piés, lanzarlos de sus puestos.

Tampoco transigimos ni transigiremos con los militares que, de guardianes del orden y de las instituciones, se convierten por sí y ante sí en árbitros de los destinos nacionales; que olvidando su honor y arrastrando por el fango el prestigio de la clase, se arrojan el derecho de poner y deponer gobernantes a su antojo, y que a título de ser poderosos ante los inermes, oprimen y vejan a los pueblos, atentando contra la libertad, la vida y la propiedad de los ciudadanos; y finalmente, tampoco transigimos ni transigiremos con todos los que han tomado y toman parte en las farsas y en las tragedias del despotismo, porque éstos son el elemento más poderoso de todas las opresiones, el instrumento más terrible de que las tiranías se sirven para imponer el respeto y la obediencia, y obligar a los oprimidos a guardar silencio, aunque lleven el odio en el corazón y la maldición en los labios.

No: nunca transigiremos con las cabezas principales del huertismo, ni con quienes, sin más mira que el medro y sin otro móvil que la ambición, formaron el coro de la dictadura inmunda que acaba de desmoronarse ante el formidable empuje de un pueblo viril que quiere ser libre y que sabrá serlo muy a pesar de los negros vaticinios de los que lloran ya lejos de la Nación, por no encontrarse cerca de los dineros públicos.

¿Que nosotros hemos cometido errores? ¿Que hay yerros de los cuales tenemos que arrepentirnos? ¡Quién lo duda! Por muy rectas que sean las intenciones, los esfuerzos no siempre corresponden a sus fines; de la mejor buena fe los

hombres se equivocan a menudo en la elección de los medios, o cuando éstos son apropiados, factores extraños que no pudieron preverse, o que previéndose no lograron evitarse, pueden conducir al fracaso.

Nosotros no nos declaramos infalibles, y sería imperdonable que siquiera nos considerásemos los más aptos para gobernar la República, imitando a los pontífices y sacerdotes del huertismo, que con todo bombo e hinchados de orgullo se proclamaban en todas partes y a todas horas, con su ídolo a la cabeza, como los únicos pilotos en cuyas manos no podría zozobrar la nave del Estado.

Tenemos sin duda errores que confesar y yerros de que arrepentirnos; pero no somos responsables de acciones de que debemos avergonzarnos, ni de crímenes por los cuales merezcamos la horca o el presidio.

¿Que tenemos responsabilidad por haber aceptado la renuncia del señor Madero y la del señor Pino Suárez? Ya hemos dicho, hasta el fastidio, cuáles fueron los móviles que nos obligaron a aceptarlas, fuera de que ellas habrían sido admitidas sin nuestro concurso, puesto que no éramos la mayoría, la que, desde el diecinueve de febrero, quedó constituida por católicos, felicistas y huertistas; pero, suponiéndonos culpables, ¿seríamos tan delincuentes como los hombres del cuartelazo, como los asesinos de los señores Madero y Pino Suárez, como los victimarios de Pastelín, Monroy, Gurrion, Rendón, Belisario Domínguez y demás desaparecidos, como los salteadores del tesoro público y como los usurpadores del Poder Legislativo de la Nación? ¿Podrá comparárenos con esa legión de escritores mercenarios que no sólo voluntariamente, sino con ansia desenfrenada, se apresuraron a ofrecer las mieles de su elogio al usurpador? Que contesten por nosotros los hombres honrados, los que tengan la conciencia limpia, los que no llevan el estigma en la frente de haber sostenido una dictadura nauseabunda.

Con toda cobardía y malicia insinúa el articulista de «El Independiente» que pretendemos arrebatarse la gloria a los diputados renovadores que, cumpliendo con su deber, fueron a engrosar las filas revolucionarias, y que hoy, a la hora de la